

traron en las sombras del antiguo mundo en su conciencia y la marca de la antigua servidumbre sobre su frente, gritaron á una «¡Estados generales!» volviéndose hacia la madre inmortal que se eleva sobre todas las discordias y todas las faltas y todas las guerras de sus hijos, hacia la nación, y la nación se elevó sobre la monarquía. Estas asambleas de las provincias llevaban virtualmente en sí la Asamblea de la nación. Y la nación tenía el sentimiento arraigadísimo de que su ministro Nécker guardaba en sus remedios la salvación de la Hacienda. Reformador esencialmente, aunque no tan audaz como Turgot, encontraba los ánimos más preparados á sus reformas, y aunque tenía los nobles irridadísimos contra sí, ni en la intensidad que Turgot.

Uno de los mayores sofismas divulgados por las escuelas reaccionarias, es el referente á las baraturas y economías del régimen absoluto. Y este sofisma tuvo tanta fuerza, que llegó á penetrar hasta en el pueblo liberal, quien á veces pedía entre nosotros un presupuesto como el presupuesto de Fernando VII. ¡Buenos estaban los presupuestos antiguos! Quien aspire á enterarse del inmediatamente anterior á la revolución francesa, no tiene sino dirigirse á una historia, tan sabia y concienzuda como la historia de Bailly sobre la Hacienda en Francia. Tras la rápida lectura de los documentos allí reunidos y de las cifras recordadas allí, se comprende cómo por el presupuesto murió la vieja monarquía y tuvo que atravesar Europa la crisis más tremenda y grave de su secular y tormentosa vida. Aun suponiendo, como supone Syvel, que sólo ascendiesen á quinientos millones de francos los dispendios, hay que ver no se incluyen por los defensores del antiguo régimen económico los cincuenta millones de administración local, y no se recuerda que gastos tan cuantiosos como los inscriptos para la partida del clero en los presupuestos de hogano no entraban en los presupuestos de antaño. El clero percibía entonces, y para certificarlo hay que leer, amén de los citados Thiers, Blanc, Mignet, Boileau, Taine, en diezmos, ciento treinta y tres millones, á los cuales deben añadirse diez y seis de percepciones eclesiásticas diversas; los nobles por peajes y las mil gabelas dimanadas de sus innumerables privilegios, treinta y nueve millones; los gastos de justicia, veintinueve millones; y calculando lo incalculable, calculando los correos y pechos de todos géneros, bien puede asegurarse importaba el presupuesto del régimen antiguo, mil millones de francos, pedidos á una tierra esquilada por el fendalismo y llena de miserables siervos. La percepción de tales impuestos resultaba monstruosa y más monstruosa todavía la distribución. Los impuestos indirectos se cobraban casi exclusivamente por el patriciado, y los portazgos por él también, á pesar de que dejaba las rutas baldías ó las cuidaba sólo con pechos impuestos y prestaciones de trabajo sacadas á los siervos. No solamente por este concepto mantenían las obras públicas aquellos que menos las necesitaban; dábase también el caso de recaer sobre la plebe infeliz el mantenimiento de las milicias provinciales que costaba seis millones por año. A esto se unía un despilfarro que sólo se llenaba descontando con prés-

tamos de un interés usurario este año los ingresos del año próximo abriendo para cubrir el déficit un abismo donde caía la sangre y el sudor del pueblo gota á gota. Nécker se halló con que los gastos habían crecido de modo y decrecido los ingresos; que se necesitaba tener muchas ijadas para sobre los hombros recibir el peso de tamaña balumba. Debían pagarse, por ejemplo, de atenciones urgentes y en curso, más de cuatrocientos millones, y los ingresos apenas llegaban á trescientos cincuenta. Luego de atrasos pagaderos á corta fecha, y cargando sobre los presupuestos de aquellas anualidades, había suma tal como unos ochocientos millones que todo lo devoraban y consumían, pues no dejaban respiro alguno al gobierno. Las cacerías regias costaban como si fuesen guerras. No contenta la corte con un presupuesto, que ascendía en su total á carenta millones durante muchos años, percibía muchas entregas extraordinarias para extraordinarias atenciones también. En 1775 llegaron tales dispendios á ciento treinta y cinco millones, mientras se gastó en públicas enseñanzas un millón. ¡Oh! ¿Puede así extrañarse las revoluciones?

En su célebre Informe, donde se sevelan todas las llagas, entre otras, que había pensiones para peluqueros de princesillas de la casa real muertas antes de tener un cabello; en su célebre Informe arreglaba Nécker las cifras, no diré con falsía, pero sí diré con arte, resultando al cabo un remanente de ingresos muy superior á los gastos. Como la honradez era una de las virtudes y la pedantería uno de sus vicios, refirió con sinceridad todo cuanto creía, y combinó las cifras de suerte por un cálculo de los gastos inferior á la realidad, y otro cálculo de ingresos á la realidad superior, que resultaba el más engañoso de los presupuestos, y también quizás el más deslumbrador. No había, sin embargo, invocado en vano la opinión pública. Le creyó todo el mundo. Le creyeron muy particularmente los grandes de la tierra, desde el duque de Orleans hasta el arzobispo de París. Lo creyó el mundo literario, de tan decidido por él como por Turgot; mas al cabo, penetrado de que Nécker poseía un sentido superior de la realidad y una habilidad extrema para sortear las dificultades sin resentirse y burlar los obstáculos sin estrellarse. En medio de este entusiasmo, llega su caída. Maurepas, el primer ministro, que conspiraba contra Turgot, conspiró también contra Nécker, como si hubiera incompatibilidad absoluta y radical entre los funcionarios designados por la corte y los funcionarios designados por la opinión. Tenía el que podemos llamar realmente ministro de Hacienda, Nécker, posición bien extraña en circunstancias tan difíciles. Con todos los deberes y todas las facultades de ministro no gozaba ni la dignidad ni el nombre. Vanidoso por excelencia, y amigo, no sólo del renombre y del poder, sino también de los grandes honores anexos á las altas posiciones, reclamó la dignidad y la federación efectivas, queriendo ser un ministro como los demás, y como los demás admitido en los Consejos. Entonces verdaderamente se revelaron los dos graves males del tiempo, toda la influencia incontrastable de los cortesanos y todas las invencibles supersticiones del Rey. El astuto Maurepas aconsejó á Luis XVI que la



admitiera en el Consejo de Ministros, pero con una condición previa y única, perjurando y adjurando antes del calvinismo, de la religión de sus padres. Nécker se indignó de esta condición y dejó el ministerio. A hombres como él no se le pedían sacrificios tan deshonorosos como los sacrificios de conciencia. Su renuncia fué escrita en papel sencillísimo, sin ningún timbre, ni marca ninguna, con sequedad puritana, con rigidez calvinista, como si el ciudadano ginebrino debiera tratar al Rey de igual á igual, cosa jamás perdonada por Luis XVI, que decidió no volver á tenerlo por ministro. Con Nécker se acabaron los gobiernos de opinión, herido ya en la persona de Turgot; se acabaron los que se inspiraban en las ideas del siglo y se consagraban á la reforma de los abusos, viniendo en pos de ellos ministros cortesanos, atentos á las regias inspiraciones, devotos al palacio, deferentes con los privilegiados, sordos al clamor público, cegados por las alturas, incapaces de ver las ideas nuevas, instrumentos providenciales de perdición y de ruina.

¿Cómo podía un hijo de Ginebra, la ciudad calvinista por excelencia del mundo, renunciar á la gloriosa extirpe de recuerdos, que son blasones del alma? Tras del terrible suplicio de Servet, Calvino se consagra, por completo, hasta la hora de su propia muerte, á la organización de la religión ginebrina y de su poderosa Iglesia. La revolución religiosa llega en él á tomar un carácter profundamente reflexivo y á formular un ideal verdaderamente claro. El protestantismo, por obedecer á las leyes de la variedad y representar el lado individual de la naturaleza humana, de ningún modo puede tener la rígida unidad y la organización formidable del principio católico, autoritario y absorbente. Además, formado el protestantismo en medio de una lucha cruel, definido entre controversias apasionadas, mezclado con la política y con la guerra, debía sufrir todas esas variaciones tan acerbamente criticadas por Bossuet y sus sectarios. Desde luego, el protestantismo tiene un carácter monárquico en Alemania como sublevación moral de los príncipes feudales contra la doble autoridad del Pontificado y del Imperio. El protestantismo aunque originario en Inglaterra del poder y aun del capricho de la monarquía, toma, efecto primero del carácter nacional, y después efecto también de las sucesivas revoluciones, el tinte parlamentario y aristocrático de la raza británica. En Italia y en España, el protestantismo, patrimonio exclusivo de los entendimientos superiores, toma un carácter científico, y se parece, lo mismo en los servitistas que en los zozinianos, á un cristianismo humanitario y racional. Donde la doctrina protestante adquiere su carácter democrático, es en Ginebra. Muchas asechanzas la rodeaban, y por esta razón el alma de Calvino defiende aquella cima de sus ideas, como puede el águila caudal defender el nido de sus polluelos. Combatida la Iglesia calvinista por el duque de Saboya, teniente formidable de los Emperadores de Alemania y Reyes de España; combatida por el partido interior de los libertinos, quienes se sublevaban contra su yugo moral; combatida por la rivalidad de las demás iglesias helvéticas, penetradas del espíritu de Zuinglio poco adepto al espíritu de Calvino; combatida por

los mismos alemanes que miraban de mal ojo aquella brillantísima universidad teológica, donde iban los representantes de diversas naciones á recoger el protestantismo extremo y la extrema democracia que formaba para la República universal ciudadanos y soldados á un mismo tiempo; combatida, fielmente, por la Iglesia y por la monarquía de Francia, tan poderosas y tan cercanas, imponíase por sí misma la dictadura de Calvino en defensa natural de aquella iniciación necesaria en un nuevo ideal. Sólo conozco á esta situación de la Iglesia ginebrina, sólo conozco, decía, comparable la situación del pueblo israelita, rodeado á su vez de reyes y de templos idólatras. Y así como sus sacerdotes, los fariseos, tomaron aquel carácter rígido, aquella intolerancia excesiva y decidieron separar su pueblo de todos los pueblos y su Iglesia de todas las Iglesias; Calvino se aisló también dentro de su fortaleza para consagrarse en alma y cuerpo al culto de una idea. Cuando se ve que esta idea pasa prontamente á Escocia y á Holanda, educa al puritanismo escocés, que tanto ha esmaltado la conciencia humana, robustece las instituciones democráticas en los Países Bajos, funda la República en la misma Inglaterra, trasciende á las regiones de América, y encarna en aquel suelo virgen el verbo de todos los humanos progresos, el espíritu de la democracia universal, sin absolver ni aun atenuar los errores y afectos de Calvino, se imputan su mayor parte á las impurezas de la realidad y á las exigencias de la Historia, reconociendo siempre, que si su obra peca en los comienzos de rígida y severa, sirve por sus resultados y por sus consecuencias á la libertad y al derecho. De todos modos, la Reforma traía en sus dogmas al seno de la vida moderna el principio progresivo de la libertad de conciencia. Enemiga implacable del libre albedrío, compensaba tan craso error con una devoción incontrastable al principio del libre examen proclamado por Lutero en la sublime conferencia de Wors y mantenido por los príncipes luteranos en la revolucionaria dieta de Espira. Además de sostener el principio de libre examen, ponía un libro, la Biblia y su autoridad espiritual, sobre la autoridad personal de un Pontífice.

No puede en modo alguno desconocerse que todos estos principios, á pesar de su espiritualismo, se mezclaban con las circunstancias históricas en que surgían y tomaban una gran parte de su espíritu del combate mismo que las había engendrado. Por ejemplo, el principio cuasi fatalista del siervo arbitrio y de la divina gracia, no puede considerarse de ninguna manera en sí, desligado de toda circunstancia eterna: por lo contrario, debe considerarse como un arma de guerra esgrimida contra el abuso de las indulgencias, de los sacramentos, de las obras en que cayera la Iglesia. Y lo mismo decimos de la intolerancia dogmática y moral de la Iglesia calvinista. Una y otra, provienen de una necesidad incontrastable, provienen de las leyes fatales y necesarias á toda grande defensa. ¿Qué hubiera sido de aquella obra de regeneración sin su intolerancia dogmática, sin su culto á la divinidad de Cristo, sin su severidad moral, llevada hasta el extremo de convertir una República democrática en un convento católico? Así pudo ejercer tan gran dominio sobre sus



correligionarios y fundar una especie de apostolado calvinista. Farel, por ejemplo, un hombre de acción, más que un hombre de palabra, nacido en Francia y llegado hasta el punto de alcanzar una poderosa influencia en Ginebra, cede todo su poder, toda su autoridad á Calvino, reconociéndole, no sólo como su maestro, sino también como su jefe. Igual abnegación y sacrificio en Viret. Iniciador como Farel de la revolución ginebrina, sufrió por ella el martirio. Los canónicos saboyanos predominantes en la ciudad helvética le propinaron un veneno, y este avieso envenenamiento, si no le quitó la vida por un milagro, le quitó la salud reduciéndole á una especie de perpetuo enfermo. Sin embargo, en cuanto Calvino se presenta, Viret le cede como Farel su puesto. Y así como Farel se consagra con toda su voluntad, con toda su energía, con toda su acción á fundar la Iglesia, la moral, la teoría calvinista, en las orillas del lago de Neuchatel; conságrase Viret á fundar la misma Iglesia y la misma doctrina y la teoría misma por la ciudad de Losana. Hombre que tal autoridad ejercía, por fuerza presentaba méritos extraordinarios á los ojos de todos aquellos que se le acercaban, los cuales concluían siempre por seguirle y aun por adorarle. El gran escritor Teodoro de Beza, le sigue á todas partes, le defiende hasta en sus errores, le apoya en el proceso de Servet, le adoctrina discípulos, le allega partidarios, le publica su vida y le hereda en su Iglesia. El gran jurisconsulto é historiador Hotman, quien se distingue y eleva entre todos los escritores calvinistas por su calurosa defensa de la República y su acusación fiscal á la vieja monarquía histórica, lleva también al seno de Ginebra la clara luz de su ciencia. No menos gloria dan á la ciudad y al nombre de Calvino, aquellos impresores, gloria del Renacimiento, parecidos á los Aldos de Venecia, y que no se contentan y satisfacen con aplicar el grande instrumento del progreso moderno á las ciencias, sino que, literatos y sabios difunden las lenguas clásicas y dejan en su obra magna conocida con el nombre de *Tesoro del griego* un monumento no superado en grandeza por ninguna edad. Junto á estos ilustres nombres encuéntrase el caballero hugonote Francisco de Nougve, el filósofo Mornay, el historiador D'Aubigne, y tantos y tantos otros como se acogían llegados de Italia, de Alemania, de todas las regiones vecinas para sostener y difundir el calvinismo.

Caso raro. La doctrina y la Iglesia de Calvino educan una democracia, y sin embargo, no puede llamarse Calvino en política, ni un demócrata, ni un republicano siquiera, ni mucho menos, ni lo que hoy conocemos y designamos con el nombre de liberal avanzado. Respecto á formas de gobierno y á principios de política, permanece Calvino en la mayor indiferencia. En su sentir, toda teoría política raya en temeraria, porque no puede por nadie aseverarse cuál sea el mejor régimen, cuando todo régimen debe tanto al concurso de las circunstancias. En su indiferencia llega el reformador hasta decir, que comparados unos con otros los ideales políticos, en el fondo se identifican y confunden todos, como se identifican y confunden las sombras de la noche. Después de tales afirmaciones precisa no

dar grande importancia definitivamente al principio popular sustentado por Calvino, más bien que á impulsos de las ideas propias, á impulsos de las circunstancias históricas. Gústale, por entonces, sin duda el gobierno popular, más por la razón de dominar en Ginebra que por la razón de creer en su virtud y en su eficacia. Mal se aviene su deseo, con un gobierno que tenga en libertad al pueblo, su dogma del derecho divino de los Reyes ó de los imperantes, y de la obediencia pasiva de los ciudadanos ó de los súbditos. En este punto, parécese Calvino á Bossuet ó á Granada. Sin embargo, contra su voluntad, contra su propósito, mal de su grado, sin advertirlo y sin pensarlo, deliberada, inconscientemente como ahora se dice, Calvino, al poner la letra de las Escrituras sobre la interpelación del clero, al poner la conciencia íntima sobre la fe histórica, al poner las leyes divinas sobre las leyes humanas, echa los fundamentos del Cristianismo republicano que ha de iniciar necesariamente la educación de la democracia moderna. Así la influencia republicana de Calvino se observa en todas las manifestaciones democráticas de su tiempo, mientras la influencia de Lutero se observa en todas las manifestaciones monárquicas. Él, Calvino, consiguió por 1534 imponer á todos los cantones protestantes una común fórmula de fe. Intransigente siempre, tuvo, en aquella ocasión, la flexibilidad necesaria para sacrificar una parte de sus ideas al común sentir y al común pensar de los helvéticos. Así, lo mismo en el siglo décimo-séptimo, que en el siglo décimo-octavo, cuando la ortodoxia se perdía ó los protestantes se descarriaban, reaparecían las ideas de Calvino y lograban mantener una verdadera fe. Y este carácter republicano de su protestantismo, tanto más notable cuanto que nacía del conjunto de las ideas más bien que de la voluntad personal del reformador, trascendió de las ciudades suizas. Bullinger, después de Zuinglio, dominó en Zurich; Haler dominó en Berna, donde surgiera para honor eterno de esta ciudad, una viva protesta contra el suplicio de Servet; Ecolampadio dominó en Basilea; pero en las demás ciudades helvéticas y aun en estas mismas, ejerció Ginebra una capitalidad indudable y debida por completo al genio de Calvino. No contento con hacer de la ciudad el foco de la reforma, dominó en Losana por Viret, en Neuchatel por Farel y en todas partes por la superioridad de su talento y por la fuerza y virtud de su complexión. Una de las regiones donde más debía brillar la nueva idea, era la región conocida con el nombre de Países Bajos. Aquella República estrechada por las olas del mar, hirió en la frente al coloso Felipe II que llenaba con su imperio la tierra. ¡Cuántos pensadores como el célebre Saint Aldegonde aguzaron sus facultades y templaron su facultad en Ginebra! ¡Cuántos soldados de Guillermo el Taciturno, recibieron aliento en su valor y en su fe inspiración, asistiendo á las iglesias y á las escuelas de Ginebra! Sobre todo el influjo de Calvino en los escoceses, el influjo de los escoceses en los puritanos de Inglaterra, el influjo de los puritanos de Inglaterra en los puritanos de América, todos estos influjos muestran cómo las ideas se transmiten de una región á otra región é influyen con su virtud y con su eficacia en los totales pro-